

San José, Costa Rica 1926 Sábado 26 de Junio

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Un boceto de Bolívar*, por Max Grillo.—*Un centenario de falacias*, por Carlos Pereyra.—*Hyacinto el pescador*, por J. I. de Diego Padró.—*Recuerdos de Rubén Darío*, por R. Blanco-Fombona.—*Los representantes del pueblo de Costa Rica declaran que permanecen fieles al plan de unión de los Estados del Nuevo Mundo*.—*Una carta alusiva*, de Max Grillo.—*La poesía de Torres Bodet*, por Rafael Heliodoro Valle.—*Repertorio Americano*, por C. Rivas Cherif.—*Revistas americanas*, por E. Gómez de Baquero.—**INDICE** del tomo XII del *Rep. Am.*

DURANTE diez años de brega homérica habían combatido las huestes patriotas contra las legiones no menos tenaces del Rey de las Españas.

En el vasto territorio de la Gran Colombia no quedaba un sitio incólume al estrago. Bolívar había perdido docenas de combates, como un empecinado Viriato, y era siempre el Libertador; y era el jefe indiscutible para los demás caudillos, siquiera hubiese entre ellos un Páez, quien nunca saliera perdido en sus encuentros, en veces batallas campales, con los realistas.

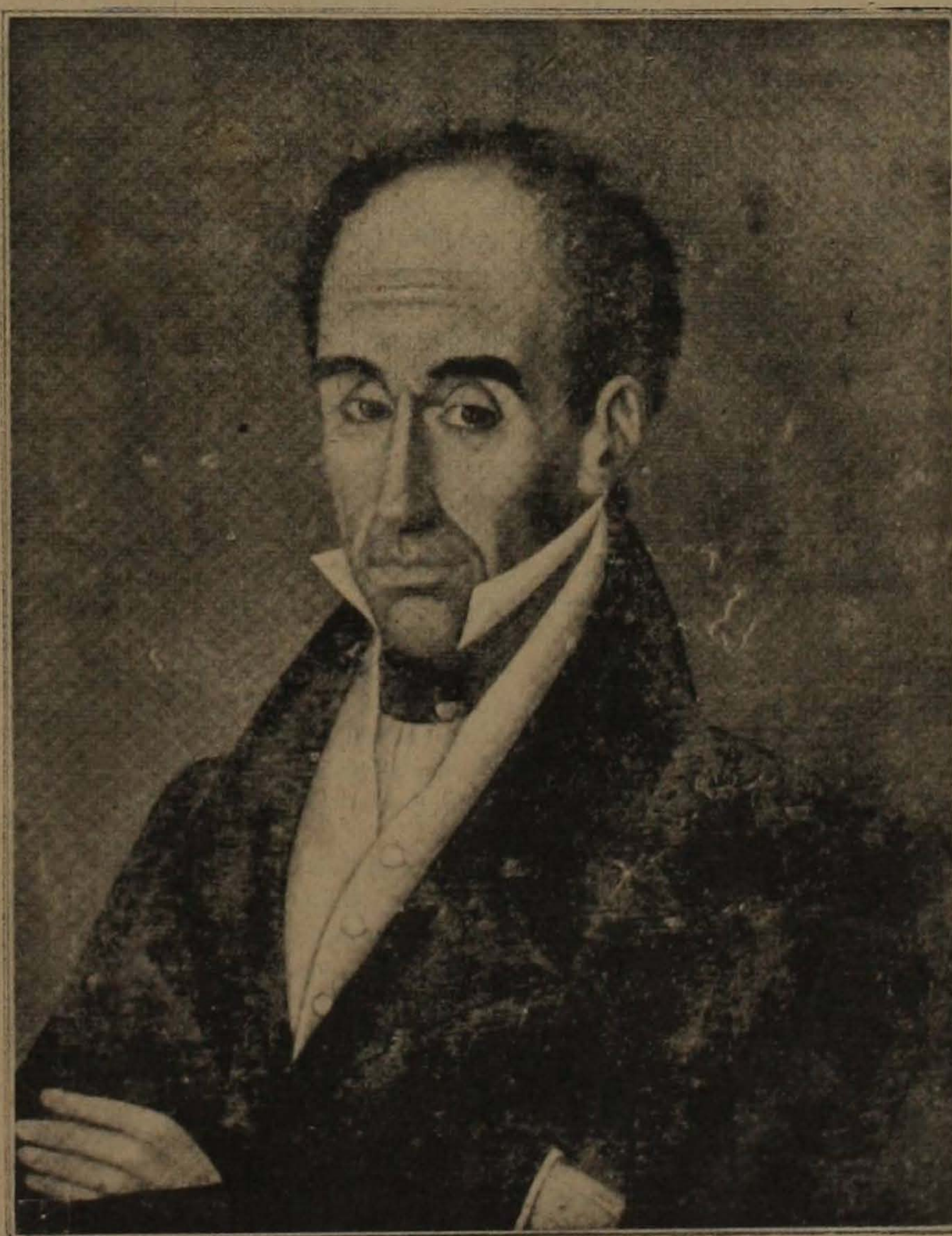
Vosotros sabéis por qué el Libertador conservaba sin mengua su prestigio al través de las vicisitudes. Sabéis que Bolívar era el genio, y el genio se halla por cima del mal éxito!

Vencido, Bolívar, según el testimonio insospechable de su mayor adversario, General Pablo Morillo, era más peligroso que vencedor. Moribundo en Pativilca, extenuado por la fiebre, a modo de una antorcha que va a extinguirse, contesta a quien le pregunta qué piensa entonces: *Vencer!* Exclamación digna de los más heroicos y constantes varones de la antigüedad romana. Encarnaba en el circuito, en el inmortal seguro de su alma una tan poderosa energía—radioactiva, sin duda, como es imposible hallar otro semejante en conductor alguno de pueblos. Cuando sus tenientes sentían el conato del desfallecimiento, una mirada de los ojos de Bolívar les infundía aliento. Páez, un formidable llanero, que pasaba ríos caudalosos llevando la

Un boceto de Bolívar

Por
Max Grillo

=Fragmento de la Conferencia pronunciada en conmemoración del Centenario de Ayacucho, en el Instituto Histórico de Río Janeiro=



Bolívar en 1830

Atribuido a ANTONIO MEUCCI

lanza hercúlea en la boca, dice en sus memorias autobiográficas, que cuando Bolívar fijaba en él su mirada coruscante, sentía un choque semejante al que le causaba la mor-

dedura del gipnoto eléctrico de las aguas del Orinoco y del Apure. A sí mismo se llama Bolívar *el hombre de las dificultades*. Parecía gozar en ver deshechas sus huestes, por el placer de revivirlas el día siguiente. Lo protegía de una manera visible el Destino. Nadie consiguió herirlo, como si fuera más que el hijo de Peleo, invulnerable a las flechas de sus enemigos. Nadie pudo derribarlo del pedestal que él eligiera. Él mismo, al asumir la dictadura, única sombra de su gloria, se derribó por su propio querer. Su palabra maravillosa, la más elocuente que se haya escuchado sobre un vivac, poseía un fuego tan extraño y una vivacidad tan dominadora, que yo me he atrevido a decir, desde la tribuna del Congreso de Colombia, que Bolívar ganaba con la palabra las batallas que perdía con la espada. Era una síntesis maravillosa de voluntad, armonía e inteligencia. Trozos hay en las cartas de este sublime caballero andante de la libertad, en que uno cree oír a Temístocles desterrado en soliloquio con las constelaciones del cielo de Hélade.

Ni entre los héroes antiguos, ni entre los modernos conozco un guerrero que haya abarcado más extensos horizontes políticos y sociales que Simón Bolívar. César mismo parece en ocasiones no alcanzarlo. La grande obra del legionario romano, la conquista de las Galias, no fué comprendida en los soberanos alcances que tuvo para el equilibrio del mundo. César no presintió la trascendencia de sus victorias,

y envidiaba a Lúculo y a otros capitanes que, *más afortunados*, dominaban las comarcas muelles y áureas del Asia. Y, con todo, la conquista de Galia fué el más trascendental hecho realizado por Roma.

Bolívar tiene la consciencia plena de su acción presente; adivina el porvenir; ve los males y los bienes que produjeran sus empresas; abarca el horizonte de un siglo, ahondando en sus entrañas; penetra con su vista en los dominios del futuro.

En sus proclamas, en sus cartas, en cuanto ha dicho y escrito, encuéntrase una clarividencia asombrosa. El guerrero podrá ver declinar el verdor de sus laureles; el político, el vidente, el estadista y el poeta que se unían en el maravilloso cerebro de Bolívar, perdurarán con mayor gloria.

Bolívar representará, ya la representa, a la comunidad de los pueblos hispano-americanos ante la posteridad. Él lo dijo, con aquella consciencia de su valor supremo, que parecía el rayo divino puesto por Dios sobre su frente.

«Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres; yo los representaré a presencia de la posteridad».

Me haría interminable si quisiera continuar hablando del Libertador. Es Bolívar una de esas personalidades históricas, complicadas y grandes, que no pueden ser definidas. Un orador colombiano lo llamó relámpago entre dos siglos.

Santander, el organizador de las victorias.

En 1819 se hallaba el Libertador en los llanos que riegan los afluentes del Orinoco, refundido con los restos de las milicias que la táctica serena de Morillo le había dejado después de años de combatir sin tregua. Los campos de Venezuela se encontraban desolados; la flor de sus pobladores había perecido. A la luz de la luna, sentados sobre testuces descarnados de toros salvajes, a semejanza de los héroes de la Iliada, aquellos campeones meditaban en nuevas empresas. La cuchilla pacificadora había segado las más altas cabezas — *papaverum altísima*—. En la Nueva Granada sabios naturalistas, como Caldas, juriconsultos como Camilo Torres, el verbo de la revolución de 1810, mujeres como Policarpa, patricios como Mariano Grillo y su hijo Joaquín, habían ascendido las gradas del patíbulo. Morillo, el terrible, vencedor de los franceses en la Península, era implacable. Estratega, formado al influjo de Wellington, enseñó, sin pretenderlo, a Bolívar el arte de la guerra. Pudo decir el Libertador, en 1818,—imitando las palabras de Pedro el Grande respecto a Carlos de Suecia, que tanto le había vencido su primo, que al fin aprendería en él a vencerlo. A pesar de su ciencia, Morillo cometió un error al dejar a la Nueva Granada por perseguir a Bolívar en Venezuela. Más, fué una venganza del héroe patriota; inconsciente venganza, porque la culpable del error de Morillo, no era otra que la tenacidad de Bolívar.

Venezuela estaba desolada y el nuevo reino intacto. Venezuela que contaba 700.000 habitantes al empezar la contienda, aparecía ahora exangüe; sus soldados habían caído en centenares de encuentros con los realistas. Caracas era un montón de ruinas, sobre las cuales vertió su llanto, semejante al de los macenios, en la hora de trágicas desolaciones, el genial Caraqueño. La población de Nueva Granada subía a dos millones. En sus campos maduraban las espigas; en sus fábricas de hilados podrían vestirse los soldados desnudos que, desde la ardiente llanura llegarían, al remontar los Andes, a la sana altiplanicie. Entonces aparece Santander, llamado por los más severos historiadores el organizador de las victorias. El comprende el error de Morillo. Santander presiente que en el nuevo reino estará la salvación y la libertad; el triunfo definitivo en la cruenta jornada de casi dos lustros... Bolívar se decide a dejar la llanura, abandona otros planes bélicos, y emprende la ascensión de los Andes. Era preciso escalarlos e ir a sorprender las fuerzas españolas, que guarnecían el nuevo reino, en lo alto de la montaña. Santander, quien comparte con Sucre y San Martín la gloria de haber sido los más diestros estrategas de la guerra de independencia en la América del Sur, abre la marcha, quebranta las Termópilas de Paya y corona las alturas andinas. El 7 de Agosto de 1819 se libra la batalla de Boyacá, la primera de los diez años, que tiene los caracteres de una victoria definitiva. La Nueva Granada suministrará en adelante soldados y elementos suficientes para continuar la lucha hasta que el pendón tricolor ondée en el Cerro de Potosí, en las fuentes mismas del Plata y del Amazonas.

Cíñese Bolívar la banda de los Presidentes de Colombia y emprende las campañas que libertaron a Venezuela en Carabobo y a Ecuador en Pichincha. Serenado por la victoria, desciende de Quito a Guayaquil en donde se encuentra con el Libertador del Sur, José de San Martín, insigne general, patriota que comparte con Bolívar la gloria de haber realizado la independencia de un mundo.

Mientras tanto Santander organiza ejércitos. En 1824 obtiene autorizaciones del Congreso para elevar a cincuenta mil hombres, si era necesario, el pie de fuerza colombiano. Santander compra navíos que, ora vencen a la escuadra más numerosa enviada hasta entonces por España en defensa de sus dominios, ora transportan los soldados que van a coronar la obra libertadora en Ayacucho. Antioquia le ofrece su oro; Cundinamarca sus caballos de guerra; el Socorro sus telas; y todas las provincias, la flor de su sangre generosa. El Hombre de las Leyes, como Bolívar llamó a Santander, organiza la hacienda pública y la instrucción; enseña el respeto a las instituciones; inaugura Congresos; entiéndese con los Gobiernos enemigos y celebra alianzas con los americanos. Bolívar es el Generalísimo, Santander el Magistrado. En medio de los estragos de la contienda, Santander

levanta triunfante la estatua de la República, que sin él hubiera corrido el peligro de desquiciarse entre el soplo de las ambiciones y la misma aura de gloria de los héroes. La enseñanza del Hombre de las Leyes perdura. El levantó el edificio de la República sobre la base incommovible del respeto a las leyes de parte de los Gobiernos y de los pueblos.

Procuraron las pasiones no satisfechas poner en pugna, durante los años gloriosos de la lucha emancipadora, a Bolívar y a Santander. Los dos grandes hombres nacidos para completarse, uno con otro, en la realización de una obra magna, fueron cordiales amigos desde 1819 hasta 1826. Mientras Bolívar mandaba los ejércitos y soñaba en mayores empresas, Santander hacía surgir del caos la administración pública en un vastísimo territorio en donde los principios republicanos eran casi desconocidos. La correspondencia privada se conservó siempre franca y noble entre los dos estadistas. En veces Bolívar censura hasta con ironía a Santander; en otras, éste hace observaciones severas a Bolívar.

En la plenitud de su gloria escribe el Libertador a Santander, el 9 de febrero de 1825, desde Lima: «Supongo a usted muy ocupado en su Congreso, quiera Dios que salga de él como de los otros. Cuanto más considero el Gobierno de usted tanto más me confirmo en la idea de que usted es el héroe de la administración americana. Es un prodigio que un Gobierno flamante sea eminentemente libre y eminentemente correcto, y además eminentemente fuerte.

«Es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Este gigante es usted. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia, las envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades, usted es el Hombre de las Leyes y Sucre el Hombre de la Guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote y Colombia con los tres. Feliz madre que nunca puede dejar de tener un hijo que le sirva de báculo aunque el mayor la abandone como su ingratitude se lo aconseja; la ingratitude del hijo se entiende». *Archivo Santander*, Tomo XII, página 245).

Cuando Bolívar hablaba del mérito de los hombres sus palabras, siempre fervientes, tenían un asombroso timbre de justicia. Resalta la ecuanimidad de este juicio del Libertador sobre Santander y Sucre. En realidad los tres hijos epónimos de Colombia, eran, en el orden que el mismo Bolívar los designa, primero él, el Agamenón incomparable; Santander el organizador de las victorias y de la República; y Sucre, el magnánimo, el invicto, el caballero sin tacha.

Tal el juicio privado de Bolívar sobre Santander. Veamos ahora el oficio que desde Arequipa, con fecha 8 de junio de 1825, dirige al Magistrado:

«Señor:

He recibido ayer con un gozo inefable, la

gloriosa comunicación que V. E. me ha hecho el honor de dirigir, participándome el reconocimiento de Colombia por la señora de las naciones, la Gran Bretaña. Yo me congratulo a mí mismo, a mi Patria y a usted, por el término de una empresa que colma de bendiciones al pueblo, de laureles a los soldados, y de gloria al Gobierno que ha sido el arquitecto de esta prodigiosa creación. El ejército en el campo y V. E. en la Administración, son los autores de la existencia de la libertad de Colombia. El primero ha dado la vida al suelo de sus padres y de sus hijos; y V. E. la libertad, porque ha hecho regir las leyes en medio del ruido de las armas y de las cadenas. V. E. ha resuelto el más sublime problema de la política si un pueblo esclavo puede ser libre. V. E. pues, merece la gratitud de Colombia y del género humano. Acepte V. E. la mía como soldado y como ciudadano».

Francisco de Paula Santander, varón cívico, contesta a Bolívar:

«Las expresiones de usted en honra mía me encantan y me inspiran la idea de que yo puedo valer algo. Es un portento mi Administración, no porque haya hecho cosa de provecho, sino porque me he podido mantener contra los godos, pardos, federalistas, clérigos, frailes, enemigos personales, etc. Pero yo siempre he confesado y confesaré eternamente que ante el público colombiano me ha valido mucho el prestigio de la amistad y concepto de usted. Todo el mundo sabe que usted tiene por mi particular estimación, y que estamos muy de acuerdo en los negocios públicos. ¿Qué es lo que no tengo yo que deber y agradecer a usted? Sus cartas desde 1819, aún algunas incómodas, las conservo como un tesoro de infinito aprecio para legarlas a la posteridad como una cosa preciosa. Todos mis títulos, honores y homenajes públicos no los cambio por una carta de usted y muchas veces le he dicho a Perucho⁽¹⁾ que si yo muero de repente se apodere de esta correspondencia y la guarde para publicarla algún día. ¿Pero es posible que usted tenga que envidiar? Este sentimiento es el colmo de la moderación. Usted es el hombre de lo heroico y extraordinario, Sucre el hombre de la fortuna en la guerra, y yo el hombre de la gratitud». Abril 21 de 1825. *Archivo Santander*. Tomo XII, página 318-319.

A su regreso del Perú, hallóse Bolívar, como el mismo lo había dicho, con un gigante. La reputación de Santander había crecido extraordinariamente. Su obra de organización de todos los servicios públicos, su estricto respecto a las leyes y a las libertades, la manera cómo había conducido las relaciones exteriores, los homenajes que había recibido de parte de los pueblos y gobiernos extraños, todo esto, puso en relieve sus dotes de estadista y las facultades de gobernante recto y ecuánime. Libertar era obra magna. Administrar con acierto un

1. Pedro Briceño Méndez, pariente de Bolívar y dilecto amigo de Santander, porque poseía una profunda adhesión a la Ley.

vasto país arruinado por una guerra de quince años, entre revueltas pasiones, no era entonces obra menos grandiosa y difícil.

El Libertador había redactado una Constitución para Bolivia, con Presidente y Senado vitalicios. Sus amigos más entusiastas, querían que fuese adoptada en Colombia. Santander miró con disgusto esta propaganda, porque él encontraba conveniente la Constitución liberal del año 21, jurada por Bolívar y por él, dentro de la cual la República había avanzado. Vino la pugna entre los dos grandes hombres. Surgieron partidos antagónicos. Santander fué depuesto del mando. Bolívar asumió la dictadura. Entre los dos caudillos se abrió un abismo... Y vino la conspiración de Setiembre, nefanda noche septembrina! A Santander se le complicó en el atentado. Pero él no se hallaba entre los Casios y los Brutos. Sostuvo siempre que era inocente, y la historia imparcial de nuestros días, serenada por el tiempo, padre de la verdad, ha confirmado esa inocencia. Pero sus enemigos, que eran muchos, y se acrecentaron en la hora del infortunio, repitieron durante medio siglo el cargo contra el hombre de las Leyes⁽¹⁾. Más he aquí que ha llegado la hora de hacer justicia, y aunque mi humilde palabra no puede otorgarla, la reclama al menos.

Dirigiéndose el 4 enero de 1923, al Ministro de Colombia en Washington, dijo el Honorable señor Charles E. Hughes, Secretario de Estado de los Estados Unidos, lo siguiente: «En una época en que el proceso del gobierno republicano se hallaba todavía en estado de formación, Santander hizo comprender a su pueblo la importancia de formar un gobierno de leyes y no de hombres, y fué debido a su labor infatigable como se echaron los cimientos de esas garantías de libertad personal en las instituciones de justicia en que debe descansar, infaliblemente, la grandeza de vuestro país. La lección que él enseñó es la que todavía el mundo necesita. Y es porque no sólo así lo enseñó sino porque consagró su vida al establecimiento de los principios esenciales de la libertad, por lo que rendimos altos homenajes a su nombre y compartimos con vosotros el orgullo que tenéis de su obra».

M. G.

Río de Janeiro.

1. Cómo serían de grandes la figura histórica de Santander y la trascendencia de su obra en la creación de la república en América, que cuando, al cabo de un siglo, sólo reciben alabanzas todos los libertadores, desde Bolívar hasta Artigas, Santander es el único que continúa siendo insultado, como si fuera un enemigo personal de cada uno de esos defensores del cesarismo criollo. Los que prescinden de insultar a Santander, hacen todo lo posible por desdeñarlo. Cuidados!—N. del A.

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Calle 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.

En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.

La suscripción anual, aislada y directa: \$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adr. del REPERTORIO AMERICANO

Ap. Letra X

San José de Costa Rica, C. A.

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Un Centenario de falacias

HA llegado su turno conmemorativo al Congreso de Panamá. El buen sentido se pone trémulo de espanto. Nada más apropiado que esta celebración jubilar para hacer un embrollo, sacrificando la historia a la diplomacia. El centenario de un congreso dará origen a un Congreso de centenario. Fiebre sobre fiebre.

La reunión de 1826 fué absolutamente estéril para los fines de su convocación. La junta de 1926, en cambio, será provechosa para los que ocultamente la promueven y sabiamente la dirigirán. El Panamericanismo ha hecho suya la cimera de Bolívar, y quiere demostrar que Mr. Blaine labró el surco abierto en Panamá. Esta interpretación, que lleva camino de reducirse a dogma, tiene como fundamento de macicez aparente, una de las verdades a medias, que tanto engañan, pues como bien sabemos, son las mentiras más peligrosas. Desgraciadamente, hasta hoy sólo se ha opuesto a la interpretación panamericana otra que no desmerece de ella, porque también dimana de una verdad incompleta.

Según los panamericanistas, Bolívar fué el precursor, si no es que el fundador del Panamericanismo. Según los partidarios de la unión de los pueblos hispanoamericanos en bloque de resistencia contra la expansión de los Estados Unidos, Bolívar inició el Congreso de Panamá con un programa de exclusión que dejaba al Gobierno de Washington sin acceso a las deliberaciones y resoluciones de los plenipotenciarios; pero Santander, el Arimanes de Colombia, aprovechó el poder que le daba la ausencia de Bolívar para hacer una invitación a los Estados Unidos, con lo que se frustraron los planes de la magnífica asamblea.

Ya he dicho que la oscura exégesis bolivariana no dará resultado aceptable mientras falte una colación depurada de los textos contradictorios. Y esto será imposible si en cada ocasión los que se invoquen llevan como fin la demostración de una tesis inhistórica.

Los antecedentes que presenta el Panamericanismo son las declaraciones de Bolívar contra la Santa Alianza. La América debía oponerse en masa a los planes tiránicos de Europa. Por su parte, la interpretación del Hispanoamericanismo menciona: la carta de Jamaica, escrita en 1815, que habla de «un origen, una lengua, unas costumbres y una religión», y de hacer del istmo de Panamá lo que el de Corinto fué para los griegos, instalando allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas; la carta de Angostura, escrita en 1818, y dirigida a don Juan Martín Puyrradón, para proponer el Pacto Americano que formara de todas las repúblicas un solo cuerpo, con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas; la misión de don Joaquín Mosquera en 1821, para establecer pactos con los gobiernos del Perú, Chile y Buenos Aires, invitándolos a una liga contra España, y a un Con-

greso en Panamá; la misión que en el mismo sentido llevó don Miguel Santa María a México, y finalmente, la circular del 7 de diciembre de 1824, que habla taxativamente de una Asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español. Se excluía, pues, al Brasil y a los Estados Unidos. La junta admitiría sólo a los plenipotenciarios de las naciones beligerantes, carácter que no tenían ni el Imperio del Sur ni la República del Norte. Todo lo contrario: el Brasil constituía una amenaza para el Río de la Plata, y el Gobierno de Washington nunca abandonó su neutralidad.

* *

Ya veremos cómo quedó incluido en la invitación el Gobierno de Washington y cómo se inscribió igualmente en la lista al Brasil imperial, abriendo por lo mismo el Congreso de Panamá a dos gobiernos que no estaban en guerra con España. Y ya veremos también, punto interesantísimo, si esto se hizo de acuerdo con Bolívar o contrariando sus planes. Desde luego resulta que el Congreso Hispanoamericano, según los textos citados anteriormente, era Panamericano según las invitaciones cuyo análisis reservo.

Pero hay un hecho que quita al Congreso su carácter de panamericanismo y su carácter de hispanoamericanismo. Este hecho es la invitación a Inglaterra. ¿Será otra desnaturalización de los planes de Bolívar por Santander?

Como antecedente de lo que pensaba Bolívar al hacerse la convocación del Congreso de Panamá, recordemos la extravagante idea política que entre los años de 1785 y 1790 había concebido el PRECURSOR Miranda, formando el proyecto de fundar un Imperio Americano con dinastía incásica y organización parlamentaria inglesa, que abarcase desde el río Mississippi hasta la Patagonia. La fuerza de que disponía el PRECURSOR para crear su Imperio era la de Inglaterra, llegando por lo tanto a una situación contradictoria: el llamado Imperio sería un Protectorado inglés. Miranda entregaba a Inglaterra el Brasil y las Antillas para que recibiera el uno y las otras bajo señorío absoluto. Sólo se reservaba La Habana, por ser la llave del Golfo de México, pensando desatinadamente, que podría servir de algo la llave siendo inglés el cerrojo.

Después de los días del ensueño de Miranda, que fueron los de la niñez de Bolívar, los Estados Unidos habían adquirido la Luisiana y la Florida. Bolívar pudo ver claramente desde 1824, el avance fatal de los norteamericanos hacia el río Bravo, dado el sentido del voto popular de aquel año, pues aunque Jackson no resultó electo, a causa de una maniobra, ya se anunciaba la victoria de 1828, y con ella la política de expansión. Sin embargo, admitiendo como no podía menos de admitir Bolívar, el cre-

ciente poder norteamericano, todo el mecanismo político de sus combinaciones tenía por base la preponderancia incontrastable del gobierno de Londres. Viendo que Cuba y Puerto Rico eran la base de donde partían las agresiones de España contra los pueblos independientes del Mar Caribe, creyó que la independencia de las dos islas, mediante el auxilio combinado de Colombia y México, sería posible, sin tener en cuenta las declaraciones hechas de un modo explícito por los estadistas norteamericanos.

Para Bolívar, Inglaterra representaba un papel de acción decisiva en el Nuevo Mundo. Por su posición en el Canadá, por las bases con que contaba en el Mar Caribe y por la influencia que ejercía sobre el gobierno del Brasil, Inglaterra tenía el carácter de primera potencia americana. Y dado que en Europa ella manejaba el freno para sujetar a la Santa Alianza, creía estar en lo justo suponiendo que Inglaterra asumiría las funciones de directora y protectora de los nuevos estados.

Después del conocimiento que se le dió de la conferencia Canning-Polignac, vió con escaso interés la declaración de Monroe, actitud que compartía don Lucas Alamán, pues tanto el estadista mexicano como el de Venezuela comprendieron que, dadas las palabras del ministro inglés, las del presidente de los Estados Unidos eran una redundancia.

Bolívar no formuló un plan de raza, pues si en el texto de los aparatosos programas se habla de lengua, religión y costumbres comunes, la invocación va dirigida a promover intereses de pueblos que han resuelto sostener su independencia. La solidaridad que entre ellos quería crear era de orden político. En este orden y en el cultural, nada podía alcanzarse sin el auxilio de Inglaterra. Sólo ella tendría medios y fuerza para neutralizar sabiamente el espíritu hostil del Gobierno de Río Janeiro contra el libre desenvolvimiento de las repúblicas americanas de habla española. A Inglaterra incumbía también la tarea de desespañolizarlas, así como la de protegerlas contra otros peligros. Combatía el propósilo imitativo, que ya se mostraba poderosamente en el sentido de la yanquinización y de la disgregación cacical llamada federalismo, pero no lo hacía por sentimiento de raza, sino como resultado de meditaciones políticas. Admiraba al pueblo norteamericano, considerando su Constitución como la más perfecta de la tierra, y precisamente por eso le parecía funesta la introducción de los preceptos que la integran en el sistema legislativo de un pueblo inferior.

Bolívar estaba muy lejos del concepto que hoy tenemos sobre la superioridad respectiva de las razas, después de haber abandonado, parcialmente al menos, los prejuicios que divinizaron al anglosajón. El indio, el negro, el mestizo, el mulato y el zambo horrorizaban a Bolívar, como a muchos de sus compatriotas. «Esta América es una Nueva Guinea, y debía serlo por sus principios y elementos», dijo a Palacios, en carta del 27 de julio de 1829. «Era una quimera

figurarse otra cosa: mas como el deseo realizó las quimeras, nos hemos engañado como niños». El caucásico no escapaba de su visión pesimista. «En esta infausta revolución,—había escrito a Peñalver, el 10 de noviembre de 1824—tan infausta es la derrota como la victoria. Los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros, ¿cuándo? Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha, y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra propia ponzoña».

Todas estas causas de inferioridad se corregirían únicamente por medio de instituciones tutelares modeladas bajo un principio de sabiduría política derivado de la experiencia que había logrado acumular la nación protectora y conductora.

El ideal era un Orinoco de sangre caucásica pura que diluyese en su torrente todo lo que de español, de indio, de negro y de mezclado tuviesen los pueblos de América.

* *

En los *Papeles de Bolívar* publicados por don Vicente Lecuna, (Caracas, 1917), hay un borrador, de insuperable valor interpretativo, y que está corroborado por otras expresiones de la más absoluta sinceridad, como que fueron escritos confidenciales.

Leemos en ese Borrador: «El Congreso de Panamá reunirá todos los representantes de la América y un agente diplomático de Su Majestad Británica».

Estas palabras destruyen las acusaciones contra Santander. Se ve que el Congreso no era Panamericano ni Hispanoamericano. No era de Continente, ni de Raza.

Este Congreso—continúa el Borrador—, parece destinado a formar la liga más vasta, o más extraordinaria, o más fuerte que ha aparecido hasta el día sobre la tierra. La Santa Alianza será inferior en poder a esta Confederación, siempre que la Gran Bretaña, quiera tomar parte en ella como miembro constituyente. El género humano daría mil bendiciones a esta liga de salud, y la América, como la Gran Bretaña, cogerían cosechas de beneficios. Las relaciones de las sociedades políticas recibirían un código de derecho público por regla de conducta universal. 1.º El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador de un Congreso General y Permanente.—2.º La existencia de estos nuevos Estados obtendría nuevas garantías.—3.º La España haría la paz por respeto a la Inglaterra, y la Santa Alianza prestaría su reconocimiento a estas naciones nacientes.—4.º El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos.—5.º Ninguno sería débil con respecto a otro; ninguno sería más fuerte.—6.º Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas.—7.º La fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones monárquicas.—8.º La diferencia de origen y colores perdería su influencia y poder.—9.º La América no te-

mería más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo; ni tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitantes.—10. La reforma social, en fin, se habría alcanzado bajo los santos auspicios de la libertad y de la paz. Pero la Inglaterra debería tomar necesariamente en sus manos el fiel de esta balanza».

A continuación enumera las ventajas que la Gran Bretaña alcanzaría, como eran la de aumentar su influencia en Europa, donde «sus decisiones vendrían a ser las del destino», y la de tener en América «un opulento dominio de comercio».

El párrafo final es de lo más revelador, pues da a entender que se trata de un memorándum destinado a la representación del Gobierno inglés, y encomendado confidencialmente a persona de toda intimidad, como Briceño Méndez.

Dice así: «Talés ideas ocupan el ánimo de algunos americanos constituidos en el rango más elevado: ellos esperan con impaciencia la iniciativa de este proyecto en el Congreso de Panamá, que puede ser la ocasión de consolidar la unión de los nuevos Estados con el Imperio Británico».

Los que se extasían presentando el antecedente bolivariano para hacer al caudillo precursor de la Sociedad establecida en Ginebra, deberían meditar estas instrucciones secretas, pues así como la Sociedad de las Naciones ha sido llamada *boite anglaise*, la de Panamá no se concebía como posible por su creador sino con una Inglaterra que tuviera necesariamente en las manos «el fiel de la balanza». Las naciones serían iguales entre sí, pero no iguales a Inglaterra, cuya fuerza garantizaría la paz interna y daría seguridades contra las agresiones del exterior.

Ahora pasemos a la realización del programa.

La Gran Bretaña y el Congreso de Panamá

El borrador en que Bolívar habla de la Liga de Salud que debían formar la Gran Bretaña y los pueblos americanos, es un documento cuyo contenido se explica y corrobora por lo que el autor escribió en cartas de indiscutible sinceridad. Pero hay más. El pensamiento de Bolívar se tradujo en una gestión diplomática.

El día 14 de julio de 1826, es decir la víspera de que se clausuraran las reuniones de Panamá, el agente de Inglaterra en Lima comunicaba a su gobierno una conversación que había tenido con Bolívar. Don Carlos A. Villanueva la da a conocer en su libro llamado *El imperio de los Andes*, según documentos que pudo examinar personalmente, acudiendo para ello a los archivos de la *Foreign Office* de Londres.

Ricketts, que era el agente de Inglaterra en Lima, rindió un informe por el que Canning se enteró de la comunicación verbal que hizo Bolívar con el fin de obtener que la Gran Bretaña asumiera el protecto-

rado sobre la América Española. Sin el apoyo del poder y de la influencia del gobierno británico, no habría esperanzas de seguridad, ni de mantenimiento del estado social, ni de conservación de la autoridad pública. Los intereses diferían de tal modo en América, que las guerras serían inevitables, como se veía por la declarada entre el Brasil y Buenos Aires. Chile estaba perturbado profundamente por las ambiciones de los caudillos. En todas partes se levantaban amenazas de rivalidad, creando celos y rencores. Las provincias luchaban unas contra otras. Y lo más grave en esa situación desconcertante, era la guerra de clases, pues las inferiores empezaban a darse cuenta de que les asistían iguales derechos que a las superiores. Si las nuevas repúblicas quedaban entregadas a sí mismas, verían generalizarse la amenazadora insurrección de la gente de color contra los blancos.

Bolívar consideraba, pues, necesario y urgente que Inglaterra acudiese como maestra, consejera y amparadora, dispensando los beneficios de su sabiduría y ofreciendo el apoyo de la fuerza de su Gobierno para que se consiguiese la estabilidad interna, y para que Europa, viendo el reinado de la paz y el orden, no temiera entrar en relaciones amistosas con los Estados del Nuevo Mundo.

Después de hacer estas manifestaciones, Bolívar puso en manos de Mr. Ricketts un pliego, cuyo contenido corresponde exactamente al borrador publicado por Lecuna, y que al mismo tiempo o antes apareció en la *Crítica histórica sobre el Diario de Bucaramanga*, cuyo autor, Pinzón Uzcátegui, lo tomó también directamente del archivo de Bolívar.

No hay diferencia sustancial entre el pliego entregado a Ricketts y el borrador de Caracas. En uno y en otro son diez los puntos que propone el iniciador del Congreso de Panamá. He aquí los del memorándum enviado por Mr. Ricketts:

1.º «El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador de un Congreso general y permanente.

2.º La existencia de estos nuevos Estados obtendría nuevas garantías.

3.º La España prestaría su reconocimiento a estas nacientes naciones, y dentro de poco tiempo se la admitiría a las costas de la América del Sur, como amiga: los demás poderes europeos seguirían sus pasos y serían libres para celebrar, con los nuevos Estados, los tratados comerciales que se juzgasen más conducentes a sus mutuos intereses.

4.º El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados, y dentro de cada uno de ellos.

5.º Ninguno sería débil con respecto a otro: ninguno sería más fuerte.

6.º Un equilibrio perfecto se establecería por este pacto social.

7.º La fuerza de todos concurriría al auxi-

lio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas.

8.º La diferencia de origen y colores perdería su influencia y poder.

9.º La América no temería más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo; ni tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitantes.

10.º La reforma social, en fin, se habría alcanzado bajo los santos auspicios de la libertad y de la paz; pero la Inglaterra debería necesariamente tener el *Fiel* de la balanza. Por otra parte, la Gran Bretaña alcanzaría sin duda ventajas considerables accediendo a una proposición de la que pende tan mayormente la prosperidad de la América del Sur».

Este plan, según las palabras de Bolívar a Ricketts, estaba sostenido por la opinión de los hombres más importantes de Colombia, Perú y Bolivia. El proponente respondía, también, de que las decisiones de la Gran Bretaña obtendrían el voto favorable de la mayoría de los Estados, pues los que titubearan en conceder a una potencia extranjera la reglamentación de los procedimientos del Congreso no tardarían en advertir que el bien común se realizaría más fácilmente mediante la sabiduría, la imparcialidad y la política generosa de la Gran Bretaña, que por esfuerzos aislados o sin la debida coordinación.

* *

Como no se presentó el caso de insistir sobre estos puntos, quedaron en el aire, y sólo sirven de constancia para inferir la política que hubiera seguido Bolívar dentro del cuadro que él mismo marca.

El criterio de Inglaterra es conocido por las indicaciones que hizo en Panamá el agente de Londres, Mr. Edward James Dawkins. Pero tenemos datos todavía más precisos para definir la actitud que el Gobierno de la Gran Bretaña había resuelto mantener a toda costa.

Tres eran sus preocupaciones:

1.ª Impedir que se formase una Liga General Americana, o como hoy se dice, Panamericana, encabezada y dirigida por los Estados Unidos.

2.ª Oponerse a las empresas militares de México y Colombia contra Cuba, que pudieran dar como resultado la intervención armada de los Estados Unidos para estorbarlas, y la consiguiente ruptura del equilibrio antillano, pues tanto Inglaterra como Francia acudirían con sus escuadras, a fin de tomar el partido que les acomodase.

3.ª Conseguir la paz entre España y los nuevos Estados, pues sólo así se desvanecería el peligro de las temidas complicaciones.

Estos propósitos aparecen de un modo patente en las pormenorizadas instrucciones que dió Canning a Dawkins, y que Villanueva ha publicado en *El Imperio de los Andes*.

Los pliegos llevan la fecha del 26 de marzo, y son por lo mismo extraños al memorándum en que Bolívar solicitaba los con-

sejos y la protección de la Gran Bretaña. El agente de Canning tenía una misión de simple testigo de las conferencias, para dar conocimiento de ellas a su gobierno; pero se le prevenía que al observar ciertas tendencias, expresase el punto de vista de la Gran Bretaña, evitando así que los gobiernos americanos, por ignorancia, tomasen un camino contrario a los intereses que Dawkins representaba en Panamá. Primeramente era su obligación enterarse del grado de influencia que los gobiernos hispanoamericanos acordaran al de los Estados Unidos en sus asuntos. Inglaterra no opondría obstáculos a una liga entre los países que habían sido colonias de España; pero cualquier proyecto que tuviera por fin organizar una Confederación Americana, en oposición a Europa, y capitaneada por los Estados Unidos, sería visto con el más profundo desagrado, pues el gobierno consideraría tal asociación como un pago desleal a los servicios que las provincias rebeldes habían recibido, evitándoles toda clase de peligros, mediante el apoyo, la amistad y las declaraciones públicas que en su favor hicieron los estadistas de la Gran Bretaña. El agente se esforzaría para que todos apreciaran cuán complicada sería la situación en el caso de formarse una Liga General Americana y antieuropea, por lo que se refería a los principios del derecho marítimo. Inglaterra tenía los suyos, que naturalmente consideraba como los fundamentales de la Ley de las Naciones, y si América, bajo la hegemonía de los Estados Unidos, aceptaba prácticas inspiradas en principios contrarios, no podría esperar que Inglaterra permaneciera callada y ociosa. Una guerra como la de la década anterior, en la que los nuevos Estados se pusieran de parte de la tesis norteamericana, sería materia muy digna de las más concienzudas deliberaciones.

Dejando los temas de derecho marítimo, que siempre han preocupado a los gobernantes ingleses, Canning se detenía en el estudio de un punto que amenazaba con ulteriores dificultades. México y Colombia habían ajustado un convenio, el 3 de octubre de 1823, sobre las resoluciones de que se encargaría el Congreso. Una de las atribuciones que se le daban era la de «confirmar y establecer íntimas relaciones entre todos y cada uno de los Estados americanos», y otra la de «servir de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados públicos, en caso de ocurrir alguna duda, y de árbitro y conciliador en disputas y diferencias». Inglaterra preguntaba lo que se entendía por Estados americanos. ¿Eran las antiguas colonias de España, o estos países, y otros, además? Las funciones arbitrales asignadas al Congreso, nada tendrían de objetable si sólo llevaban por fin la resolución y arreglo de disputas y diferencias entre Estados hispanoamericanos. Pero una asociación basada en tales compromisos, con participación de cualquier Estado que no fuese de origen español, necesariamente despertaría recelos, y no me-

recería la aprobación del gobierno británico. Jamás se aceptaría que un tratado convenido entre Londres y Colombia, o entre Londres y México, cayese bajo la jurisdicción del Congreso de los plenipotenciarios.

* *

La última parte de las instrucciones que llevaba Dawkins se refería de un modo particular a la cuestión del momento. Inglaterra quería apresurar la reconciliación entre España y los pueblos americanos que de ella procedían. Francia, por su lado, también colaboraría, y Canning dió a su agente todos los documentos de la negociación que tenía por objeto en este asunto.

La inquietud inglesa se avivaba por las representaciones que hacían los Estados Unidos contra toda tentativa de parte de Colombia y México para llevar la guerra a Cuba y Puerto Rico. El Gobierno de Washington pretendía que Inglaterra se le uniese, con el fin de que ambos hiciesen una gestión conjunta de oposición a los propósitos de Colombia y México. Inglaterra no aceptó estas insinuaciones, pero precisamente en vista de su amistoso proceder, daba un consejo a México y a Colombia. Sin objetar el derecho que tenían los dos gobiernos, en guerra con el de España, para extender sus operaciones militares a las Antillas, se les advertía que como seguramente los Estados Unidos intervendrían, ya se tratase de la ocupación del puerto de la Habana, ya de un desembarco en cualquiera parte de los territorios insulares, Inglaterra y Francia verían a su vez con recelo las operaciones de los norteamericanos, lo que produciría las más peligrosas complicaciones. Había, pues, un ardiente deseo, común a Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, de conseguir que Cuba y Puerto Rico siguieran bajo el dominio de España.

* *

Bolívar, según el pliego entregado a Ricketts, que es en sustancia el borrador de Lecuna, quería el protectorado inglés para la América Española: Canning, según sus instrucciones a Dawkins, se oponía a la Liga Americana, bajo la hegemonía de los Estados Unidos.

Si algo puede conmemorarse en el centenario del Congreso de 1826, es lo que pensaban Bolívar y Canning.

Debe, pues, invitarse a Inglaterra para que tome parte en los festejos de Panamá. Pero si se invita a Inglaterra, el Panamericanismo tendrá que suprimir las nueve décimas partes del entusiasmo que siente por este centenario, y destruir la leyenda de los orígenes intertropicales que se le atribuyen, empezando por reconocer que su pila bautismal no está en el istmo.

CARLOS PEREYRA

(*El Universal*, México, D. F.)

Página lírica

J. I. de Diego Padró



Hyacinto el pescador

He aquí la vieja historia de un joven pescador que vivió en Chipré, isla de genio y fantasía, cuando de los talados bosques habían huído las ninfas y los sátiros, y en las playas de luto no se escuchaba el dulce canto de las sirenas. Este joven, que pocos autores han citado, llamábase Hyacinto, y era fuerte y hermoso: ancho tórax, piel recia, manos largas y duras, y alta frente de ensueño, cuyo albor florecía entre los grandes rizos, negros y alborotados.

Todas las madrugadas del mes de Thargelión salía a pescar Hyacinto, el joven pescador, y bajo su ligera barca de mimbre blanco gruñían las revueltas olas del mar Egeo, como bajo el ventisco suelen gruñir los lobos.

Esparcidos en ella ponía sus anzuelos, cestas de junco, cañas, cebos, nasas, sedales, y en la cava de popa guardaba para el viaje cebollas perfumadas, ostras en jugo agrio, queso del que cuajaban los pastores fenicios, y vino bien templado, contenido en vasijas hechas por algún genio rústico de su tiempo.

Y cuando, al flujo áspero de la brisa, arribaba a un lugar de la costa, por él ya conocido, de grutas silenciosas y de intrincadas peñas que acodaban su sombra húmeda en los remansos, entonces, entre marchas, violencias, retrocesos, tumbaba el aparejo de su aquietada barca, echaba a fondo el ancla, que era de bronce jónico, y dejando las redes y anzuelos como estaban, bebía de su vino, comía de sus viandas, y luego, con los ojos fijos en el paisaje, el joven pescador nada hacía, soñaba.

Y un día, al regresar de esos recodos mágicos, los cestos siempre exhaustos, las redes intocadas, y todavía en sus ojos los sueños resbalando como hadas en el fondo de algún claro del bosque, oyó a las sembradoras del confín preguntándole: «Hyacinto, ¿qué has pescado? ¿Qué has pescado, Hyacinto?» Y con la risa ingénua que aprendió entre los suyos a todas él sabía responder en su lengua:

«¡Hoy no he pescado nada! ¡Hoy no he pescado nada! Vi un sátiro siguiendo las huellas de una ninfa y ante el rumor que hacían sus patas en la costa se ahuyentaron los peces que hubiese yo cogido».

Otra vez, los ancianos marineros chipriotas, nuncios de buena pesca, lobos de la borrasca, al verlo retornar sonreído del viaje con cuerdas y trebejos del oficio a la espalda, fuéronle a preguntar, como siempre lo hacían: «Hyacinto, ¿qué has pescado? ¿Qué has pescado, Hyacinto?» Y él a todos decía de la misma manera: «¡Hoy no he pescado nada! ¡Hoy no he pescado nada!

He visto a las sirenas y al padre de los mares, y éste con el estruendo de su carro ligero y aquéllas con su coro de cítaras y flautas espantaron los peces que hubiese yo cogido».

Así contaba siempre el joven pescador, así contaba siempre, hasta que fué mayor. Y es lo cierto que entonces, tomando nuevos rumbos, mientras sobre su barca ligera restallaban los sordos y furiosos vientos del mar Egeo, ibanse realizando con líneas bien precisas las formas que sus sueños habían concebido, y vió, hacia los ribazos, al sátiro ardoroso las huellas persiguiendo de una desnuda ninfa; y vió, en las grandes olas, al padre de las aguas con su tropel de silfos, que iba sobre su carro guiando a toda prisa diez caballos marinos. Rodaban por su cuerpo vetas fosforescentes y erigía un tridente pavoroso en la diestra, y su corona era dentada y revestida de perlas y corales. Todo esto vió Hyacinto. Y vió, donde las aguas estaban como en éxtasis, flotar a las sirenas de cabellos algosos luciendo sus diademas de cactus y madreporas. Retozaban en bancos de coral y de limo y extendiendo sus colas aplanadas, cubiertas del sargazo profundo y de escamas doradas, se imprimían un raro movimiento en las ondas parecido a la danza circular de los sueños. Y eran todas gallardas, y reían, mostrando los dientes y los senos de alabastro purísimo. Y en sus brazos torneados, cosa hermosa, portaban añáfiles de plata y cítaras de oro cuyo acento arrancaba lágrimas a las rocas. Y vió junto a su barca numerosos tritones que combatían ciegos de furor, esparciendo humo azul y burbujas por los anchos nasales, y provocando al punto con su estruendo la huida de aquellas tenebrosas hijas del océano, quienes al sumergirse de nuevo en sus refugios hacían lentejuelear sus formas fugitivas con temblores de fósforo. Todo esto vió Hyacinto...

Y al volver ese día, curvando hacia los suyos, triste, caído el rostro, sin lumbre ya sus ojos, oyó que le decían las voces del camino: «Hyacinto, ¿qué has pescado? ¿Qué has pescado, Hyacinto?» Y él, en la lengua ruda que aprendió entre las olas, rugió a todas las voces que oía en el camino: «¡Mucho he pescado, mucho! ¡Traigo las cestas llenas! ¡Hoy nada ha entorpecido los rumbos de mi barca!»

Y desde aquel entonces su red, como la lira de Arión privilegiado, atraía a los peces.

(De *La Democracia*,
San Juan de Puerto Rico).

Nueva York, 1926.

HABITABA Darío una de las calles que desembocan en la avenida del Observatorio: la *rue* Herschell.

Una tarde fuí a verlo. Lo encontré en su dormitorio con una fluxión de pecho, envuelto en espeso y capitonado batón de lana color de rioja. Rodeábalo gran número de admiradores, gente joven: americanos, españoles; única cabeza gris, una vieja francesa muy confianzuda, ama de llaves o algo así en casa de Remy de Gourmont. La vieja chacharera iba con mensaje de su patrón para Rubén. Aunque creo que nunca escribió sobre Darío, poseía Gourmont clara conciencia del valor del poeta y de lo que el poeta representaba en las letras españolas de ambos mundos. Me consta que atendía siempre cualquier indicación de Rubén. Por recomendaciones de Darío a Gourmont publicó en el *Mercure de France*, y aun en otras revistas de París, más de un escritor, incluso franceses. La larguísima y para muchos injustificada colaboración del chileno Contreras en el *Mercure* no conoce otro origen.

Rubén, para sí, nunca exigió nada a Gourmont.

Tan inescrupuloso en cosas de política y tan dispuesto a aplaudir a oscuros dictadores, era orgulosísimo Darío en lo atañadero a literatura. La razón es obvia. En la política, en la libertad, no creyó nunca. No le parecía, de seguro, prostituirse con aplaudir a sátrapas odiosos y echarles margaritas a los puercos, a trueque de un mendrugo. Su concepto meceniano de las letras —el suponer que no pueden vivir de la democracia— lo disculpa. Pero Rubén tenía el culto de la belleza. Conocía su mérito. Como creador de hermosura, se hubiera supuesto deshonrado con ir a ofrecer su mercancía de puerta en puerta. «A Rubén Darío—tal vez pensara con razón—se le llama y se le acata». En tal sentido su dignidad literaria no claudicó jamás. Si dedicó *Azul* a cierto magnate chileno tan incapaz de comprender aquello que ni siquiera le dió las gracias, fué por instigaciones de Eduardo de la Barra, y creyendo que iba a sacar alguna tajada al incomprensivo. El silencio del ricohombre pinta por igual al pobre ricohombre sin entendimiento de hermosura y a Rubén curvado ante posibles Mecenas. Las loas a Mitre, Núñez, Zelaya, etc., caen dentro de la órbita política, pragmática, estomacal. Lo primero es comer. Mitre, Núñez, Zelaya, merecen que se les mencione, porque favorecieron al poeta. Ese burdo chileno, no. Y ya es piedad que no lo adjetivemos y que se salve en la anonimía que merece. Aunque quizás fuera mayor castigo el clavar su nombre en la picota al referir la hazaña.

Cuando entré en el aposento de Darío el pintor Tito Salas le pedía fecha y hora para ir a retratarlo. Ignoro si el proyecto se realizó. Rubén no me pareció aquella tarde muy seducido con la idea, si bien apreciaba el arte de aquel joven pintor.

Aún no me había yo sentado cuando Rubén me dijo:

Recuerdos de Rubén Darío

(Véanse las entregas 12 y 21 del tomo en curso).

La ruptura



—Bueno, Rufino, estaba esperándolo. Estos señores me permitirán que vaya a hablar con usted un momento.

Extrañáronme sus palabras; él ignoraba que yo fuera a visitarlo esa tarde.

Me fué guiando poco a poco hacia el comedor.

—Es que quiero leerle a usted mi *Canto a la Argentina*, que no conoce—me dijo.

Y agregó, moviendo la cabeza hacia el dormitorio:

—Toda esa gente me aburre.

Encendió profusión de luces; llamó a Francisca («Francisca Sánchez, acompañame»), y le secreteó algo. Poco después se presentó Francisca abrazada con enorme mamotreto. Era un número extraordinario, verdaderamente extraordinario, de *La Nación*.

Partió Francisca y regresó en seguida: colocó encima de la mesa una botella de *Black and white*, dos copas y el sifón.

—Ya sabes, Francisca: nadie, nadie.

Y señalaba de nuevo hacia el dormitorio.

—¿Y qué les digo?

Sin vacilar repuso:

—Diles que estoy tratando con Rufino sobre la fundación de una gran revista. Que a todos ellos, escritores y pintores, los llamaré a colaborar.

Para mayor seguridad cerró la puerta con llave y tiró la llave sobre la mesa. Sirvió dos buenos tragos, como para canónigos; los apuramos y comenzó a leer.

Al principio no cogí bien el ritmo. Me pareció que se trataba de endecasílabos. Luego creí que los versos eran de ocho. Pero a los diez o doce versos ya comprendí el trenzado de las nueve y las ocho sílabas, con un ritmo vago, monótono, que parecía, a veces, al cambiar de metro, cojear.

El poema empezaba como la ola concluye: espuma blanca sobre la arena de oro... Después, la ola henchíase en gráciles y mórbidas curvas; después, el alboroto de las aguas hirvientes, azules; después, la calma, la fuerza, lo inmensurable, el mar.

El poema, larguísimo, era entrecortado de cuando en cuando por breves comentarios o mientras apurábamos algún sorbo, pocos. Cuando concluyó la lectura Rubén, muy grave, cerró, cuidadoso, el mamotreto, puso su mano blanquísima, y sin un solo pelo viril sobre la cubierta, y me preguntó con calma, mirándome a los ojos.

—Y bien, Rufino, ya ha oído usted el poema: ¿qué le parece en conjunto?

—Para opinar en conciencia—le repuse—, necesitaría leerlo varias veces y leerlo con el lápiz en la mano.

—¿Con el lápiz?...—preguntó frunciendo el ceño.

—Sí; que me serviría de caña de pescar hermosuras.

Sonrió, pueril. Yo proseguí:

—Ahora estoy asordado y encantado. Usted me echa de golpe sobre la cabeza una catarata de estrellas y me manda a opinar: no puedo, me ahogo.

Sin embargo, sí pude... ¿Qué le dije a Rubén? No lo recuerdo en este instante. En caso como aquél recordamos mejor lo que nos dicen que lo que decimos y lo que los demás hacen que lo que hacemos nosotros. Rubén se puso en pie, e interrumpiéndome y con su gravedad de ídolo azteca, me espetó: —Haré una edición de lujo, de mucho lujo. Para esa edición deseo que escriba usted un prólogo.

Empecé a protestar; pero Rubén, confiado, me puso suavemente los dedos de la mano izquierda sobre la boca, y prosiguió:

—Mañana le mandaré a su casa el poema. Y le mandaré también «un archivo», donde podrá documentarse.

En efecto, al día siguiente recibí el poema y «el archivo». Lo que el gran poeta bautizaba de archivo era un volumen formidable de hojas en blanco y forrado en terciopelo granate. Allí había ido pegando recortes de periódicos y revistas donde se hablaba de él. También había retratos suyos y caricaturas. Además, versos de Rubén impresos. ¡Qué universo de papel!

Este universo de papel, salvo las ponderosas pastas de granate, lo hice remitir desde Catillón, por correo, en 1925, al profesor Torres Ríoseco, a Minneápolis, en la esperanza de que pueda utilizarlo para la biografía del poeta.

Recuerdo también que la tarde de la lectura me dijo Rubén con entusiasmo infantil:

—Este ha sido el poema mejor pagado

(Pasa a la página 378).

La poesía de Torres Bodet



Jaime Torres Bodet

Tomado de *Social*, Habana.

EN la plenitud del gozo que todo lo acendra y de la risa que estalla en canción, Jaime Torres Bodet provoca un motín de entusiasmo, hace vibrar un impaciente colorido en los versos que mimó de suavidad la dulce altiplanicie. La sonrisa señorial que sabe ser desdeñosa a tiempo y de efusión para aquellos a quienes se otorga en cariño, las maneras que acusan indudables excelencias de estirpe; acariciado desde párvulo por hadas benévolas que entre otros presentes le llevaron el de la fina inteligencia, el poeta se ha vinculado definitivamente a los arduos intereses del mundo, gracias al canto franco y al amor doloroso. En su cabellera parecen desensortijarse rebeldías del romanticismo finisecular y en sus manos pálidamente pulcras como que se adormecen, sonreídas y floridas, las promesas de las musas. Tras la frente santiguada de arrugas no hay duda que reside, omnipotente sobre la humildad de las preseas miraculosas, una casta pero mirífica divinidad, el *deus* en llamas, vestido por las luces del símbolo y acongojado por el fulgor de los holocaustos. Sus ojos tienen una avidez de honduras estelíferas, un frenesí moroso en que se amortigua la exaltada vehemencia. Viéndolo de perfil no cabe duda que en su máscara se hallarían motivos cesáreos para la numismática, pues Juan Leonardo Cordero los encontró al trazar sobre el yeso de un ensayo las líneas más acentuadas del medallón. Alegre en la camaradería, entregado a la amistad, desesperado en el amor: tiene el poeta los atributos del ser que ha de distinguirse entre los otros por el privilegio de la mentalidad selecta, por el influjo de la selecta bondad. Vive para afinar en otros el sabor de la vida, sueña para encandilar en otros la lumbrera del ensueño, y como es de día y hay regocijo de aguas en la encajería de la luz, la canción se le melifica en un afán contenido, se le enciende en la penumbra del primer pavor.

Un día, frente al espectáculo del valle y sus volcanes, viendo fluir la leche trémula del alba en la avidez de un clima de misericordia gris perla, el niño echó a rodar por la tierra inverosímil y azul el aro de su asombro, la canción del día feliz. Cortaba cantando la flor de la alegría, eran el amor translúcido, la soledad enlucrada, delicioso el silencio. Sobre el pecho, todo desgajándose en una rosa bermeja de helación, le nacía la espina del poema, y el niño se punzaba en ella la carne blanca que se ofrecía en don. He aquí que a su sorpresa se le vinculaba el ritmo, se le volvía deliquescente el paisaje de nébula y de flor; y como por primera vez oía voces inusitadas, presentía en el aire el paso de las formas, caminaba «por la orilla del sueño». El día se le fué de las manos como si fuera un aro, y pues en el crepúsculo viera pron-

garse la feria de la claridad, gracias a la frecuencia del lucero, él creyó que el crepúsculo y el día eran la misma esplendidez. He aquí que en sus pies sentía por vez primera la quemadura de la tierra y que en su pecho se le encendía la crisálida dolorosa.

El niño salió a la terraza para saber lo que era el paisaje y en la noche de nieblas alucinadas en zafir, moribundo el lucero, bajo la paz de los pinos—tal en una sinfonía beethoveniana—la noche no era más que el día a la sordina, el día sereno de luz y de canción, y que las otras voces,—sollozo, confidencia, grito de trémolo y querrela,—no eran sino el reflejo de la suya, la vibración de su grito en la concavidad del ámbito azul, moroso de silencio:

¡Noche de dilección! ¡Silencio! ¡Pinos!
Claro de luna en el estanque incierto...
Y amor..., amor..., amor... Casi la vida,
casi la realidad y sólo un sueño!...

Comprendía la elocuencia de lo circunstante, pero sus labios se abrían en fervor y sólo por eso estaba redimido del pecado en que el vino y el pan triunfan sobre todas las fiestas. Suyo era el vuelo de las imágenes al verlas pasar por el cristal extático del tiempo, cuyas «las formas incesantes» que hacen polifono y multicolor el minuto; pero su verso no se estrujaba aún en las manos de la vida, ni su querrela se atrevía

a desatarse en alarido, ni su carne—abierta ya a todas las conturbaciones del espíritu—se fundía en el tremolar ardiente de la espiga o en la nivea certidumbre de los heliotropos.

Luz de penumbra, discreción del otoño, matiz del desmayo, su poesía concentraba lo inseguro y lo incierto, quería expresar la forma móvil, rondaba sin prisa en las corolas coquetuelas. La visión del poeta se hallaba cautiva en la red de la luminosidad inefable que trenzan su valle y sus volcanes. Por este tiempo había un rumor abejeño en las aulas, una alarma de épicas algarabías en la ciudad. De niño fué asombro de doctores que lo oyeron interpretar algunos aspectos del mundo y de repente la complejidad de una estrofa prócer. Una revolución que ha tiempo fermentaba en las entrañas torvas del augurio, vino a despertarlo mientras él tejía y destejía la tela de araña de sus ritmos. La vida era fervor, pero no era deliquio: el dolor estaba en aquellos hombres que se movían, descamisados y famélicos, a la conquista de la tierra y el pan; el amor desbordaba sangre jovial en las venas de los humildes que marchaban cantando hacia el advenimiento. El poeta veía pasar aquellas otras formas incesantes, las veía estremecerse en el connubio del amor y del dolor y supo entonces que la Poesía y la Vida andaban cogidas de la mano, por los caminos palpitantes del mundo. Fué así como llegó de la altiplanicie del clima del embeleso, a

la costa en que el palmar llora cuando ve partir barcas o que se besan novios. Ya no era en la dulzura montesina del atardecer el paso de la noche que adormeció en la encina el antiguo canto mientras las virgenes inmóviles aguardaban al amado con lámparas de vigilia sagaz. Era la tarde olorosa de las fresas en fruto, romántica en la avélula y en la nébula, pero ahora sí de verdad en la mujer que era a un tiempo la mies de la eucaristía junto al vino de la sangre canora. Pulpas de gardenias dolientes de luz, mariposas de apoteosis, y la amada que era musa para el momento de cerrar los ojos y carne viva en el corazón delirante. El tumulto de los hombres seguía del otro lado de la sierra, pero hacia la costa soplaba una brisa letal, en que el amor se deshojaba en fruto de miel y de mordisco, en gardenias desmayadas en un exceso de beso que apenas cabían en la tarde azul. El poeta se había encontrado con el hombre y juntos eran la canción. La dulzura de México, pero también la fiereza, se fundían en su lamento, ya la noche en que «algo se va muriendo», ya en ese instante en que la musa humana le podía repetir su franca secuencia:

Este campo, como un perro
nos conoce hasta en la voz.

Tuvo valor para que México estuviera en sus alarmas, en sus frenesíes y hasta en

Recuerdos de Rubén Darío

(Viene de página 376)

sus cobardías; y México será con su poesía en la confianza y en la duda, en la alegría y en el quién sabe, en la lluvia dormida tras las bardas y en el vuelo de las palomas ciegas que corren aturdidas hacia el ópalo del futuro. Por eso, ya sumado al hervor colectivo, al paisaje total y a la mujer inmanente y efímera, él ha podido sentarse después a la mesa en que el pobre y el patricio, se sirven con las manos su desayuno mientras en el fondo del escenario la nodriza que tiene los brazos al sol enseña, en medio de la fiesta frenética de la raza, un pan moreno que parece un niño, un pan claro y áspero en que el olor de la tierra se efunde en bárbara teología. Y su grito rítmico ya no se circunscribe a la altiplanicie delicada de líneas y a la costa turbulenta de colores, sino que vuela hacia la América de nuestra esperanza, esa en que los hombres adelantan melodiosas profesías y las mujeres inclinadas sobre el pavor de las cisternas recogen el sollozar de la madre, la desnudez del que ha de venir a la tierra con las dádivas de una humanidad que ha de soñar y de sembrar cantando.

Ha vuelto el poeta de su andanza, más arrugas en la frente, menos palabras locas en los labios, El panorama de la vida le ha ofrecido sus perspectivas de estupor; en el corazón se le han apagado luces que parecían eternas, se le han encendido nuevas ternuras y flamantes delirios. Esté en el seno de la casa del amor, en un largo día de bodas que le ofrece también la música de la risa que se enflora y del vino que estalla; pero la vida le ha depurado el sabor, le adentra bien la melodía, le da proporción y finura a la sorpresa y en la urdimbre inconsútil del instante le pone el hallazgo del moroso deleite. Quémesele el pecho en una llamarada de júbilo cruel, y que en las gentes «vestidas de colores silenciosos» vea pasar las formas que un día le hirieron las pupilas en flor. Arda México en esa llama—¡oh, mariposa!—y que en sus canciones de ala solar se remonte su alma en el grito feliz.

RAFAEL HELIODORO VALLE

Amberes, 67.
México, D. F., México.

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina
Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción
y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

hasta ahora en lengua española. *La Nación*, que me lo encargó, me ha dado... tanto.

No recuerdo la suma a punto fijo. Me parece que habló de diez o doce mil francos.

¡Pobre Rubén! Le parecía fabuloso. Venezuela pagó a Villaespesa por un mediocre drama sobre Bolívar, y Perú pagó a Chocano por una epopeya sobre el mismo Libertador—inferior al *Canto* de Rubén—sumas que dejan en ridículo a los diez o doce mil francos de *La Nación*.

* *

Llegamos al momento de nuestra ruptura.

Por aquel tiempo—me parece que en 1911—unos comerciantes uruguayos, o italo-uruguayos, o italo-francouruguayos, o italoisraelo-francouruguayos, resolvieron, aconsejados por otro uruguayo de nombre Merelo, crear en París un *magazine* hispanoamericano con el título de *Mundial*, y ofrecer la dirección a Rubén. Rubén aceptó. Sólo trataban aquellos mercaderes, que iban a su negocio, de explotar el prestigio del poeta. Darío no nació para gobernar... Incapaz de dirigir ni su propia conducta, no dirigió jamás sino en nombre aquel periódico. Los Guido hacían lo que les daba la gana; por eso fué tan malo, literariamente, el *magazine Mundial*; pero fué, por eso también, el más pingüe negocio. Zapatero, a tus zapatos.

Al principio Rubén se forjó la ilusión de que iba a ejercer franca dictadura periodística—ni se conocía a sí ni conocía a sus patrones—, y empezó a llamar a su lado a quienes podrían colaborar con él. A mí me franqueó, generoso, las puertas de *Mundial*, y me aseguró que íbamos a ganar mucho dinero.

Una tarde—acababa de aparecer el primer número del *Magazine* y traía un trabajo mío—me presenté en casa de Merelo, asociado a los Guido, y entonces de mucha vara alta con ellos. Era—o es, porque vive—hombre prometedor, zalamero. Y repetía lo que Rubén: íbamos a ganar mucho dinero. Yo, urgido de pecunia, lo escuchaba encantado, improvisando en su obsequio sonrisas y frases agradables.

Minutos después rozó un automóvil: uno de los Guido. Presentación, apretones de manos; esperanzas de mi parte, importancia y altivez de parte de Guido.

En resumen, aquellos dos hombres se apartaron a conversar y me dejaron a mí en el más despectivo abandono. Yo, claro, me sulfuré y les dije unas cuantas frescas. La pobreza lo pone a uno muy susceptible. Me fui; pero la ira rebotaba en mi alma... Pareciéndome poco lo que expresara de viva voz, entré en la librería de Garnier, y desde allí, a toda carrera, ratifiqué mi indignación en una carta a Merelo, empapada en ácido prúsico. En suma, algo como un cartel de desafío.

En vez de contestar como debían, Merelo y Guido se fueron a quejar de mí a Rubén. Cuando estuve, dos tardes des-

pués, en casa de Darío, Darío, sin apenas oírme y con aplomo admirable, declaró que yo era un violento, aquellos negociantes gente muy de paz y que la razón no me asistía. Me parece que, entre otros, encontrábase allí presente el poeta antillano Pérez Alfonseca. La actitud de Rubén me hirió en el alma. ¡Lo quería y lo admiraba tanto! Antes, la razón la tenía yo siempre a los ojos de Darío. ¡Cómo me ofendió su parcialidad! ¡Cómo! Me mordí los labios. Iba a salir sin pronunciar una palabra; pero no pude.

—¡Con que tienen razón esos cara... bine-ros! ¿Y por qué tienen razón? ¿Porque le pagan a usted unos miserables francos, eh?

Dí un puñetazo contra la pared, puñetazo que me quebró el índice de la mano derecha, y lo dí contra el muro por no dárselo en la cara a Darío.

Rubén no creyó, tal vez, que sus palabras iban a causarme tanto daño. Pareció arrepentirse.

—Rufino, por Dios, Rufino. Oigame, oiga a su amigo. Mañana mismo me separo de ellos. Mañana...

—Quédese con sus comerciantes—le reuse, yéndome.

Y rompí toda relación con él. Y no sólo rompí relaciones, sino que lo atacé grosera, estúpida, odiosamente. Llegué a decir que era, no un príncipe azul, sino un príncipe amarillo. Lo atacé, insensato, hasta en sus versos. Hice, aunque momentáneamente, causa común con gentecilla insignificante que debía todo a la magnanimidad de Rubén, y que Rubén tuvo que separar de su lado. ¡Ah, supieron aprovecharse de mi cólera!

¡Cómo me he arrepentido de aquella mala acción! Me arrepiento de la injusticia con el amigo y del irrespeto al poeta. Una carta desgarrada contra Rubén me pesa sobre todo en el corazón. Por no haberla hecho pública daría ahora una buena túrdiga de mi carne y dos onzas de mi sangre.

¡Cómo no rompí con él silenciosamente! He debido comprender que entre yo, pobre, que no podía darle nada, y aquellos comerciantes ricos, de quien lo esperaba todo, Rubén, dado su carácter, no podía optar por mí.

Tal es, lisa y llanamente, la verdad de mi amistad y de mi pleito con Rubén Darío.

* *

Cuando Rubén Darío redactó sus *Memorias*, interesantísimas, aunque por extremo someras—allí no está Rubén íntegro—, no se dignó mencionarme. Sólo me alude muy de paso para sincerarse de una objeción. En la historia de sus libros dice: «En la serie de sonetos que tiene por título *Las ánforas de Epicuro* hay una como exposición de ideas filosóficas; en *La espiga*, la concentración de un ideal religioso al través de la Naturaleza; en *La fuente*, el autoco-nocimiento y la exaltación de la personali-

dad; en *Palabras de la sátira*, la conjunción de las exaltaciones pánica y apolínea, que ya Moreas, «según lo hace saber un censor más que listo, había preconizado, ¡y tanto mejor!»

Decir censor más que listo sin complementar la frase equivale a no decir nada. Y eso era, de seguro, lo que deseaba Rubén: aludirme sin ofenderme ni menos elogiarme. Mi notícula consistía en apuntar no sólo la mera coincidencia ideológica con Moreas, sino la expresiva. Moreas, en la *Offrande à l'amour*, ambicionó ser:

Apollon sur la lyre et Pan dans les pipeaux.

Y Rubén, más tarde, quiso:

Ser en la flauta Pan como Apolo en la lira.

Semejantes coincidencias son rarísimas en Rubén, poeta creador por excelencia y vivificador de cuanto caía bajo sus ojos pánicos. Añadiré que, si bien Moreas es poeta de mucha cuenta, Rubén Darío lo supera con cien codos.

Pasaron años. Un día, en pleno ardor de la guerra continental, a principios de 1916, cayó en Madrid la noticia de la muerte de Rubén, ocurrida en su tierra de Nicaragua. ¡Cómo revivió el afecto! ¡Cómo lo senti! ¡Reencendiéndose la llama de admiración y de cariño en que ardí por él años y años!

No fui único en lamentar que cayera el atleta, intactas aún sus fuerzas de vencedor del arte; no de la vida, que lo aporreó bastante. Cuanto en España ocupa puesto en primera fila dobló la cabeza sobre el pecho y dejó exhalar un doloroso adiós al poeta. Unamuno, Gómez de Baquero, Alomar, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, los Machado, Cansinos, Bacarisse, Francés, Ardevín, ¿quién no movió la cabeza y la pluma tristemente?

Si ellos lo sentían, ¿cómo no iba a sentirlo yo?

Un joven poeta andaluz, González Olmedilla, tuvo el excelente acuerdo de reunir en haz tan espontáneo y generoso tributo del espíritu de España al Apolo de América. A mí me pareció aquella corona de siemprevivas buen adorno para la tumba del poeta infeliz. Hice imprimir en libro aquellas páginas dispersas. Y no sólo publiqué el libro en recuerdo de Rubén, sino que le puse estas líricas:

Palabras liminares

Mirad cómo un hombre de raza apolínea,
ebrio de canto y sol,
recoge la ofrenda, fragante y virgínea,
del viejo solar español.

Del viejo solar donde el árbol de vida
reverdece a futuros de amor,
y oculta en la copa garrida
la pluma de la oropéndola y el nido del ruiseñor.

Cuando el apolonida recoge el haz superno,
el haz florido de emoción,
como si en cada brizna palpitase un fraterno
y dolorido corazón.

El árbol solariego todo es aleo, cántico,
miserere, querellas,
porque murió el divino poeta trasatlántico,
Rubén Darío, espigador de estrellas.

¡Ah, cuando se ha tenido la fortuna de ser contemporáneo de un poeta como Rubén Darío no se le olvida jamás! Y si desaparece aún en sazón nos deja tristes para siempre.

En Madrid se pensó en erigirle un monumento. ¿Quién nos escogió a Valle Inclán, a Amado Nervo, a mí, a otros, para entender en aquello? Nervo, envolviéndose cauteloso en su egoísmo, como en romana clámide, se despreocupó de aquello. No así Valle Inclán. Yo tampoco, menos. Valle opinó por un busto de mármol negro en el Retiro. A mí me pareció de perlas la idea, salvo el color del mármol. ¿Por qué la piedra oscura para espíritu tan claro? Símbolo antipático además, tratándose de un poeta de

América, máxime de un poeta que presumía en sus venas gotas de sangre chorotega o nagrandana.

Mármol rojo, más bien... Y aun así. No es España quien debiera proponerlo. Desentrañando el símbolo, equivaldría a renunciar España en favor de otra raza, por lo menos a la mitad de aquella herencia lírica. Entre tener las Indias y tener a Shakespeare, preferiría que Inglaterra tuviese a Shakespeare, pensó Carlyle... Es decir, uno que supo de valoraciones.

¿Por qué no se llevó adelante la idea de Valle Inclán? ¿La realizaremos algún día? «Honrar honra», dijo José Martí.

R. BLANCO-FOMBONA

(*El Sol*, Madrid).

Los Representantes del pueblo de Costa Rica declaran que permanecen fieles al plan de unión de los Estados del Nuevo Mundo

Dijo el Representante ALVARADO QUIRÓS: Solicito la benévola atención de la Cámara por algunos minutos para proponer una medida extraordinaria que en mi concepto está plenamente justificada. (Da lectura al decreto legislativo No. 46 de 22 de julio de 1920, por el cual se declaró fiesta nacional escolar el día del natalicio de Simón Bolívar).

Ya veís, señores Diputados, que entre nosotros se han decretado honores al varón extraordinario que como un cóndor voló desde las costas de Venezuela hasta la capital de su patria y después de su prodigioso paso por los Andes, logró llegar a las planicies de Bogotá; pasó luego al Ecuador en donde su Teniente Sucre obtuvo un triunfo decisivo y finalmente, llamado al Perú, logra disciplinar las huestes de patriotas confederados y oponerse al más importante ejército español que existía en América, desbaratándolo definitivamente.

Pues bien, dos días antes de la inmortal victoria de Ayacucho, el 7 de diciembre de 1824, Bolívar dirigió una nota a las cancillerías de las naciones de América, nota que vale la pena de leerse, porque sus términos son los de un vidente que señala principios básicos de nuestro Derecho Internacional contemporáneo. (Da lectura a la nota del Libertador, sub-rayando los párrafos siguientes):

«Profundamente penetrado de estas ideas invité en 1822 como Presidente de la República de Colombia a los Gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires, para que formásemos una Confederación y reuniésemos en el Istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad una Asamblea de Plenipotenciarios de cada Estado, que nos sirviese de Consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades y de conciliador en fin de nuestras diferencias».

«El día que nuestros Plenipotenciarios hagan el cange de sus poderes, se fijará

en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro Derecho Público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los Protocolos del Istmo. En ellos se encontrará el plan de las primeras alianzas que trazaron la marcha de las relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces del Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?»

Señores, continuó el señor Alvarado, el Libertador estaba poseído en aquella fecha de la idea de que para completar su obra y su victoria era indispensable la unión.

En el año anterior, el Presidente Monroe había proclamado su célebre Doctrina que no tenía las interpretaciones agregadas más tarde, sino que era una simple condenatoria de las ocupaciones o conquistas de las Potencias extranjeras en el Continente Americano. Bolívar pensó sin duda que la unión de los Estados recién libertados contribuiría a hacer efectiva la soberanía de todos ellos y contemplando el pasmoso progreso y desarrollo de los Estados Unidos en el Norte, gracias a la unificación de sus vastos territorios y recursos por su sistema federal, anhelaba un sistema no del todo semejante, ya que se trataba de un continente sin vías fáciles de comunicación, pero sí de una Liga que diera cohesión en los peligros comunes en lo exterior y estabilidad en el régimen interno.

(El orador dió lectura a las credenciales extendidas a los Doctores don Antonio Larrazabal y don Pedro Molina, como Plenipotenciarios de la República Federal de Centro América, para comprobar que ésta como el Perú y México aceptaron la invitación de la gran Colombia y concurrieron al Congreso de Panamá, inaugurado el 22 de junio de 1826).

Se analizan los resultados de esa primera Asamblea de las Naciones Americanas, más por la ejemplaridad de sus memorables discusiones que se pueden resumir así:

Una carta alusiva

(Véase en esta entrega, el artículo de la pág. 369).

Río de Janeiro, Julio 5 de 1925.

Señor don J. García Monge.

Mi querido amigo:

Me permito enviar a Ud. para su interesante y aplaudido REPERTORIO AMERICANO, un fragmento de la Conferencia que dicté en uno de los días de la Semana de Ayacucho, en el Instituto Histórico, de Río de Janeiro.

La dicha Conferencia sólo se publicó en portugués, de modo que el original en castellano permanece inédito.

Reciba mis felicitaciones por su admirable carta sobre lo que debe ser un periódico.

Suyo,

Max Grillo

a) Establecimiento de una Confederación de las Naciones signatarias del Tratado;

b) Órgano de dicha Confederación, una Asamblea que se reunirá cada dos años, constituida por Delegados Plenipotenciarios con amplias atribuciones;

c) Principio del Arbitraje y Procedimientos de conciliación y mediación obligatoria para impedir la ruptura de relaciones o la guerra;

d) Abolición de la esclavitud y sanción contra el tráfico de negros, muchos lustros antes de la inmortal hazaña de Lincoln en Norteamérica, y

e) Principio del *Uti possidetis jure* o reconocimiento provisional de límites de estas naciones americanas que si se hubiese adoptado habría ahorrado mucha sangre derramada por querellas territoriales en esta vasta América Española.

Mr. Blaine, en 1889, obedeciendo a las inspiraciones de Bolívar, convocó el Congreso de Washigton y en esa capital existe el organismo de la Unión Panamericana, fundada al principio para fines exclusivamente comerciales, que ha tomado desarrollos más importantes con finalidades políticas.

Pero ahora que está en el ambiente la necesidad de que América tenga su Liga peculiar, sin que esto sea renegar de Europa, pero sí acatando la iniciativa lanzada por Dr. Brum como Personero del Uruguay, una Sociedad de Naciones Americana, ya que tenemos deber sagrado de afirmar la democracia, la libertad y el cristianismo que imperan y señorean el ambiente sin que luchas antagónicas de razas nos dividan como en Europa, ahora que el fracaso del plebiscito de Tacna y Arica, a pesar de la rectitud de miras del mediador y de su inmenso prestigio y poder, han puesto de relieve la necesidad de poner nuestros conflictos en las sabias manos de un Tribunal formado por Magistrados de todos los Estados Americanos, iniciativa que se estudiará en breve por el Congreso de juriconsultos que se reunirá en Río Janeiro, es necesario que nosotros afirmemos nuestra simpatía por estos ideales, porque si bien Costa Rica es la más pequeña en población y una de las más limitadas en territorio, de la Naciones Americanas, es, sin embargo, su voz autorizada y constituye un valor moral muy estimado por su vida de libertad y de paz inalterable y su nunca desmentida fraternidad.

Fundado en las anteriores consideraciones os propongo respetuosamente el siguiente proyecto de Acuerdo:

El Congreso, etc.

Considerando: que después de la emancipación de las Naciones Ibero-Americanas ningún acto ha podido ser para ellas de mas trascendentales consecuencias y por consiguiente más digno de glorificarse como el de unificar en una confederación a las Repúblicas libertadas gracias al esfuerzo de la heroica legión de patriotas, cuyo sumo Representante es Simón Bolívar y que fué

suya la idea de agrupar en un haz a todos los países de homogéneo origen y destino, entre los cuales figuraba Costa Rica, como parte integrante de la extinguida Federación de Centro América, POR TANTO, ACUERDA: Que para conmemorar dignamente en este día en que se cumple el centenario de la instalación del primer Congreso de las Naciones Americanas, la feliz iniciativa de Bolívar, los Representantes del pueblo de Costa Rica declaran: que permanecen fieles al plan de unión o Liga de los Estados del Nuevo Mundo de idéntico origen, así como al principio jurídico del Arbitraje, porque consideran que ambos ideales son la mejor fórmula de solaridad y mutuo engrandecimiento y el medio de obtener la consolidación definitiva de la paz y el imperio del derecho sobre la fuerza. Declaran igualmente que hacen votos por la pronta inauguración de la Sociedad de Naciones y la Corte Permanente de Justicia interamericana como la forma más eficaz de honrar la memoria del Libertador y su designio al convocar el Congreso de Panamá.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un Sol

Apartado N.º 176. Lima, Perú.

Revista de Oriente

Órgano de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Suscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,

Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: . . . \$ 6.00 oro.

Revista Jurídica y de Ciencias Sociales

Órgano del Centro de Estudiantes de Derecho

Director:

VICENTE E. MARQUEZ BELLO

Secretario:

BERNARDO SIERRA

Redacción y Administración:

BALCARCE 167.—U. T. Avenida 5739.

Buenos Aires.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475

Buenos Aires

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Órgano de la Secretaría de Educación

Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N.º 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

La estimación de España

A fines del tomo XII de la obra, tenemos el gusto de recoger estos juicios benévolos de dos españoles muy distinguidos en las letras y en el periodismo.

Nos place suponer que en estos juicios está declarada la estimación de España por lo que venimos haciendo en el modesto semanario de que somos directores.

Adelante, pues, y que lo por venir, sea más estimable que lo que se ha podido hacer hasta ahora.

Repertorio Americano

CON este título viene publicándose hace ya unos años en San José de Costa Rica la revista más interesante actualmente de lengua española. La edita D. J. García Monge (Apartado Letra X, San José de Costa Rica, A. C.) por entregas semanales de diez y seis páginas en cuarto a tres columnas, al precio de 50 centavos. Por suscripción para el exterior cuesta cada tomo de veinticuatro entregas, remitidas regularmente con toda puntualidad, tres dólares cincuenta centavos oro americano. Por tan módico costo el lector curioso recibe variada selección de cuantos artículos de filosofía y letras, artes, ciencias y educación publican en diarios y revistas españolas y americanas algunos de los mejores trabajadores de la cultura hispánica, amén de misceláneas y documentos de gran valor actual. Para el español estudioso, o simplemente aficionado, a quien el régimen de censura de la prensa limita en mucha parte sus acostumbradas lecturas, es incalculable el beneficio que puede reportarle la atención que le sea dado dedicar al *Repertorio Americano*, que sólo algunos escritores y algunos periódicos reciben en Madrid graciosamente.

A la vista tenemos como ejemplo los números 3 y 4 del tomo XI, correspondientes al 21 y 28 de setiembre, recién llegados a nuestras manos. La simple enumeración del sumario hablará mejor que cuantas consideraciones pudiéramos o no hacer en su abono:

Sobre la pequeña jerarquía habla don Raúl Montero Bustamante en un artículo reproducido de *La Prensa*, de Buenos Aires, comentando otro de Abel Bonnard en un diario de París acerca de cierta posible clasificación de los hombres para quienes la política constituye ocupación habitual y permanente, a saber: el estadista, el político, el politicastro y el demagogo. Clasificación y comentarios conducidos, en fin, a considerar la política como un arte, y por lo tanto su realización estética... y moral. Un cuento: *Amor en las breñas*, de D. Luis L. Franco, colaborador también de *La Prensa*, de Buenos Aires; las *Palabras de despedida* de Vasconcelos en su reciente viaje a España, transcrita de *El Sol*, de

Madrid; un saludo ditirámico a un libro, *Nuestra tierra prometida*, del escritor costarricense Lic. D. Alejandro Alvarado Quirós, con breve noticia sobre el autor y su obra anterior; la referencia de la coronación humorística del poeta satírico D. Luis C. López, en Bogotá, su patria, tomada de *El Tiempo*, de la capital de Colombia; otros artículos de interés literario y social de Ors y de D'Halmar; una protesta de la Unión Latinoamericana, publicada en la revista *Renovación*, de Buenos Aires, contra el imperialismo guerrero de las naciones europeas; y, sobre todo, una oportunísima conmemoración de *Don Francisco Giner, grande apóstol de España*, por Manuel Pedroso en *La Nación*, de Buenos Aires, con motivo del décimo aniversario de su muerte, y una *Página lírica* de Miguel de Unamuno, constituyen el texto del número de 21 de setiembre.

Oportunísima, repetimos, viene a ser para el lector español la relación que hacía Pedroso en marzo pasado de la misión espiritual de Giner, fundador de la Institución libre de Enseñanza, poco después de ser destituidos de sus cátedras y deportados los Salmerón, Azcárate, Linares, Calderón, Barnés, el propio Giner, por haber protestado contra el decreto de Orovio, ministro de Cánovas, que restablecía en 1875 la «Ciencia oficial» monárquica, católica y escolástica.

El número de 28 de setiembre recopila un artículo del Sr. Brenes Mesén: *En defensa de Lugones*. Sabido es que el famoso poeta argentino, antaño cuasi literario en declaraciones ajenas a sus excelentes poesías, vota hoy por «el Gobierno de los mejores», entendiendo como tal el originado de la fuerza armada contra la democracia.

El *Repertorio Americano*, tribuna imparcialísima, copia ahora una opinión afecta al sentir de Lugones, como antes reprodujo otras adversas de americanos y españoles de cuenta.

La página lírica de esta entrega se dedica a mostrar una buena parte del libro *Ocre*, de la muy sugestiva poetisa argentina Alfonsina Storni, a que consagra también un bello estudio el Sr. Sanín Cano.

Es lástima que en lo que hace a la reproducción de artículos españoles el *Repertorio Americano* se limite a un estrechísimo círculo de nuestra prensa. Lo que, sin duda, se debe a falta de facilidades en el cambio por parte de periódicos y revistas, a los cuales el *Repertorio* del Sr. García Monge más que hacer competencia nociva, ayudaría con semejante reclamo, tan desinteresado como este mío, a su labor simpática y constante.

Edita asimismo el Sr. García Monge una colección, *El Convivio*, de breves lecturas en cuidados tomitos igualmente escogidos con amplio eclecticismo.

No sabemos que para celebrar la tan

decantada fiesta de la Raza se haya decretado la adquisición para las bibliotecas públicas de España del *Repertorio* y *El Convivio*.

C. RIVAS CHERIF

(*El Heraldo de Madrid*).

Las dos Américas

Revistas americanas

LA revista *Inter-América*, órgano de intercambio intelectual entre los pueblos del Nuevo Mundo, según reza la portada, es uno de los órganos de la propaganda panamericana de los Estados Unidos. Recibo y leo con interés esta revista que presenta un esfuerzo inteligente de penetración espiritual. Es mensual. Se publica alternativamente en inglés y español. El número español se compone de artículos traducidos de las revistas y diarios de los Estados Unidos y del Canadá. El número inglés, de artículos tomados de los periódicos y revistas de los países americanos de habla española y portuguesa. Cada número comienza con un breve sumario biográfico de los autores cuyos escritos se insertan en el fascículo.

Un yanqui y una hispanoamericana, Mr. Golsmith y la señora Carmen de Pinillos, dirigen *Inter-América*, editada bajo la dirección de la Sección Interamericana de la División de intercambio y educación de la Fundación Carnegie para la paz internacional.

En esta revista de revistas la colaboración iberoamericana no desmerece al lado de la norteamericana. La cultura literaria de los pueblos del tronco ibero no es en modo alguno inferior a la de los Estados Unidos, y hasta la aventaja en varias de sus manifestaciones. En cambio Norteamérica sobresale en las aplicaciones científicas, en las técnicas industriales y en la organización de la enseñanza.

Lo más hábil en esta publicación es la alternativa de los textos y el cambio de los idiomas: lo iberoamericano en inglés, lo norteamericano en español. De otro modo, reducida a la propaganda de los productos intelectuales de los Estados Unidos, que no siempre son de primera calidad, es fácil que no hallase la misma aceptación en los pueblos hispanoamericanos. Esta obra de comunicación cultural, iniciada en 1917, sirve indudablemente a la política de los Estados Unidos y la sirve por un procedimiento hábil como es ese pie de igualdad.

**

Los Estados Unidos están en un momento de impopularidad en la América española.

Las intervenciones militares yanquis en Centro América y en el mar Caribe, la propensión de sus negociantes a fabricar revoluciones en los pueblos vecinos cuando hay intereses por medio, empresa nada difícil por otra parte, la paulatina conquista económica de la otra América, en suma, el imperialismo estadounidense, han despertado

en los pueblos hispanoamericanos el instinto de conservación. Apenas emancipados del coloniaje español ven el peligro de convertirse en colonias de hecho de los Estados Unidos, en satélites o dependencias políticas y económicas de un nuevo imperio, más próximo y más fuerte. En el movimiento de aproximación hacia España, iniciado después de la pérdida de Cuba, entra por mucho ese sentimiento. Cuba colonia, en vez de acercarnos a los pueblos de hispanoamérica, nos separaba de ellos porque subsistían los rasgos desagradables de la soberanía, que no fué bastante inteligente para aprender las lecciones de autonomía de Inglaterra, lamentable aberración de la política española que ha desaprovechado las más duras experiencias.

Aunque aquel recelo y aquella antipatía de los hispanoamericanos hacia el imperialismo yanqui, y de rechazo hacia los mismos Estados Unidos, son hechos actuales tan notorios que no exigen demostración, no es menos indudable que, a pesar de todo, la influencia norteamericana en la América ibérica es enorme. La riqueza, el poder militar, el adelanto industrial, el progreso de la cultura en algunas de sus manifestaciones, no en todas, el bloque compacto de los Estados Unidos, donde el sentimiento nacional ha llegado a ser tan firme y coherente como en Alemania, producen fatalmente esa influencia, como un hecho de gravitación. Norteamérica prosigue su política panamericanista con la tenacidad de un destino histórico. A veces, un acceso de imperialista o de codicia mercantil la hace cometer errores como los de Santo Domingo, o como las intrigas en México; pero el esfuerzo de penetración y de propaganda continúa constante e incansable, procurando asentar en los dos continentes americanos la hegemonía de las antiguas colonias inglesas.

*
**

En la América española se está formando otro panamericanismo, el panamericanismo ibérico. Le falta, en verdad, un órgano tan coherente y poderoso como los Estados Unidos. Lucha con las divisiones y la diferencia de desarrollo de aquellos pueblos y también con la cristalización del espíritu nacional, ya muy marcada en las repúblicas más adelantadas de nuestra raza. La América española tiene que pasar por la época de las nacionalidades. Mas las nacionalidades, aunque lo limiten, no son incompatibles con ese sentimiento panhispanoamericanista, que va siendo una fuerza moral y puede serlo mayor.

Tiene también sus órganos. En San José de Costa Rica se imprime una publicación que cada día va siendo más leída en la América española y empieza a serlo en España, el REPERTORIO AMERICANO, semanario de cultura hispánica. Es interesante cotejar este semanario con la revista norteamericana *Inter-América*. El REPERTORIO AMERICANO se compone de artículos literarios, políticos y de cultura general de escritores hispanoamericanos y españoles. No están excluidos

los autores de otras nacionalidades, pero el núcleo es hispanoamericano. Los textos españoles suelen estar tomados de las publicaciones de España. Este semanario, sostenido por la dedicación incansable de un hombre de mérito, el señor García Monge, mantiene, dentro de su esfera modesta, que va ensanchándose, el cambio espiritual en la familia hispánica, y ha llegado a ser un órgano calificado de la cultura moderna y de las ideas progresivas en América. Así en un país pequeño del Nuevo Mundo se ha creado una de las más libres tribunas del pensamiento y de las letras, desde la que se habla en español.

La presentación del REPERTORIO AMERICANO es modesta, aunque no carece de gusto tipográfico. Es un periódico de 16 páginas del tamaño de los libros que suelen llamarse folio, ilustrado con grabados. *Inter-América* es una revista de cien páginas en 4.º, muy bien impresa y cuya baratura indica que pretende la difusión más que la utilidad económica. El tono estético y la variedad literaria son superiores en el REPERTORIO. La información didáctica y sociológica predominan en *Inter-América*. En estas dos publicaciones se reflejan en cierto modo las fisonomías de las dos Américas.

En España hemos tenido, y tenemos, revistas hispanoamericanas más o menos importantes. En algunas de ellas han colaborado excelentes escritores; mas por lo común su propaganda española ha sido demasiado unilateral, demasiado metropolitana. Se han inclinado con exceso a un tradicionalismo que no tiene ambiente ni simpatías en América. No se han percatado bien del espíritu de las repúblicas de Ultramar, que no quieren ser colonias espirituales después de haber dejado de ser colonias políticas. Cuando hablan de la madre patria refiriéndose a España, estas palabras afectuosas tienen en boca de los hispanoamericanos un sentido de recordación histórica, no de subordinación.

Una publicación española que fomentase

el cambio intelectual entre los pueblos hispánicos sería de gran provecho. No necesitaría la alternativa de las lenguas como *Inter-América*; pero si la alternativa de los pensamientos y de las cuestiones: pensamientos de España, pensamientos de América; cuestiones españolas y cuestiones americanas. Una revista o periódico de este género, documentada, moderna, asistida de una información objetiva e independiente, escrita para la opinión ilustrada, sin exclusivismos nacionalistas ni resabios coloniales, es verosímil que ganara autoridad entre los públicos de lengua española y fuese un órgano eficaz de comunicación y de colaboración. No sería difícil fundarla y sostenerla, claro está que en circunstancias normales de publicidad. Llegará su hora cuando las campanadas de los relojes de la imprenta suenen libremente.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(*El Sol*, Madrid).

UNIVERSITARIO

Organo de la Asociación Intelectual Americana

En el afán de que los escritores de América castellana lleguen a un conocimiento y estima mutuos de todos sus valores intelectuales, *Universitario* ofrece a todo abonado un cuarto de página para anunciar sus obras. *Universitario* aspira a ser la tribuna libre de todos los americanos y ofrece igualmente sus páginas a la colaboración de cuantos se adhieran al movimiento americano (Latino-Ibero-Americano).

UNIVERSITARIO

Revista trimestral. 2 Square Caulaincourt.
París XVIII

Abono: Francia 20 frs. Extranjero 24 frs.

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO
y recomiéndelo a sus amigos.

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE se refiere a una em-
singular en Costa
experiencia la colo-
ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA